

A María Inés Silva Vila,
Amanda Berenguer,
Armonía Somers
y Marosa di Giorgio



Amanda es un nombre propio femenino que proviene del latín *amandus*, gerundio del verbo *amare*, amar.

Su significado es: «la que será amada» o «la que merece ser amada».



I

Ser única

A veces me daba miedo cambiar, terminar el bachillerato y convertirme en una tía más, flaca y enlutada. Y entonces me daban ganas de anudar al cuello de mis tías moñas de distintos colores, como a los gatos, o hacer cualquier cosa para romper ese parecido y eliminar así todo peligro para mí.

María Inés Silva Vila, *El espejo de dos lunas*

Descubrimos (en la alta noche ese descubrimiento es inevitable) que los espejos tienen algo monstruoso. Entonces Bioy Casares recordó que uno de los heresiarcas de Uqbar había declarado que los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres.

Jorge Luis Borges, *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*

*¿Una foto inquietante? ¿un espejo?
¿una imagen virtual contrastada
saliendo de la noche?
¿alegoría de la personalidad?*

Amanda Berenguer, *Retrato en sombra*



1

Era la primera vez que iba a una fiesta sola. Para ser sincera, desde que tuve la invitación en mis manos no dejé de pensar en excusas para no ir. Pero era la boda de Diana, mi amiga del trabajo anterior, mi apoyo en los momentos más difíciles en aquella empresa. Hacía ya un par de años que no nos veíamos, y nuestro contacto se limitaba a breves llamadas en los cumpleaños y mensajes deseándonos feliz Navidad y feliz Año Nuevo. Pero era Diana la que siempre ponía el hombro para mí en aquellos tiempos terribles. No podía fallarle.

Dije que no nos veíamos hacía años pero, claro, no es verdad. Nos vimos el día en que me entregó la tarjeta de invitación. Un mes antes de la boda, me mandó un mensaje diciendo que tenía algo importante que contarme y me invitaba a tomar un café. Nos encontramos en una cafetería de la Ciudad Vieja, sobre la peatonal Sarandí. Así fue que llegó a mí esa tarjeta que seguramente tuviera todos los adornos que ofrecía la imprenta. Contenidos en un rectángulo de veinte por quince, hecho de cartulina nacarada, había letras doradas en relieve, flores, palomas y hasta una fotografía de los novios. Diana nunca se caracterizó por el

buen gusto, y era obvio que en su boda iba a hacer gala de ese talento en su máxima expresión. Pese a mi gran cariño hacia ella —que espero no sea puesto en duda por esto—, no puedo evitar mencionarlo: Diana siempre fue de esas personas que logran hacer doler los ojos con sus elecciones estéticas; que se preocupan tanto por embellecer las cosas que terminan adornándolas demasiado y logran el efecto contrario.

Elegir el vestido para la boda me resultó fácil: no contaba con dinero para comprar uno y, de los que tengo, solo uno me entra. A la peluquería no fui, por supuesto, no soporto que me toquen el pelo; y menos un sábado a la tarde, después de estar una hora sentada esperando que llegue mi turno, en un lugar lleno de mujeres y vapores, más el calor y el ruido de los secadores furiosos, todo esto sin mencionar las montañas de viejas revistas de chimentos que me producen repulsión de solo ver sus portadas, y esas conversaciones bizantinas que por ningún concepto me interesa oír ni protagonizar.

Llegué tarde a la ceremonia, pero por suerte no tanto como para perderme a Diana transitando ese pasillo desbordante de flores blancas, amarillas y rosadas, hojas de hiedra y cintas doradas arrolladas en moños. Ella estaba linda; el vestido podría haber sido mucho peor. Admito que me sorprendió para bien. Iba triunfal entre lágrimas y sonrisas. El novio parecía asustado, pobre. Pero sonreía, cada tanto sonreía. A él nunca lo había visto en persona. Era tal cual aparecía en las fotos: cara de buen tipo, cuerpo de buen tipo.

La iglesia era la de las carmelitas. Bellísima, con su estilo neogótico y su atmósfera misteriosa. Mi abuela materna, último eslabón de una cadena familiar de católicas devotas, me contó una vez que su verdadero nombre es iglesia de la Virgen del Carmen y Santa Teresita. Demasiado largo. Pero por alguna razón retuve ese dato. He notado que, muchas veces, me resulta más fácil recordar los datos inútiles.

Luego de finalizada la ceremonia, me quedé un rato recorriendo la iglesia y observando sus paredes, sus columnas y ese gran rosetón que me resulta hipnótico. Me acerqué al altar para ver mejor los vitrales. Desde que se casó mi prima Verónica, hace ya unos seis años —fue por el 2005, si no me equivoco—, no visitaba las carmelitas. Y no es que sea una gran visitadora de iglesias, en absoluto, pero esa es especial. Siempre me gustó mucho. Además, no tenía ningún apuro por llegar a la fiesta y, viendo la cantidad de personas que había en la ceremonia, daba por descontado que, aunque me apurara, no alcanzaría a saludar a los novios allí mismo. Admito que eso tampoco me angustiaba, pensaba que ya habría oportunidad de felicitar a Diana en la fiesta y hacerle notar que estaba allí, acompañándola.

La fiesta fue en un salón muy lindo al que nunca había ido. Quedaba bastante cerca de la iglesia, así que me dirigí hasta ahí caminando. En el trayecto iba pensando quiénes serían mis compañeros de mesa. Me parecía lo más lógico que me sentaran con gente de mi anterior trabajo, pero no

imaginaba con quiénes. Lo peor que podía pasarme era que me tocaran mi exjefe y su esposa. No los había visto en la iglesia, pero eso no significaba que no estuvieran allí. También podía ocurrir que llegaran directo a la fiesta.

Me ubicaron en la mesa trece y reconozco que, no bien me lo dijeron, tuve ganas de irme. Sentí un calambre en el estómago. Sí, soy supersticiosa, lo admito, y las bodas —como cualquier celebración— son lugares donde pueden pasar cosas malas. Desde un taco que se quiebra hasta una fractura por resbalar con un trozo de torta que cayó al piso, pasando por un reencuentro con un ex amante y su actual pareja. Sí, muchas cosas malas pueden pasar en un casamiento. Que dos personas decidan, ante un abultado grupo de invitados, hacer público su deseo de compartir sus vidas, no genera una burbuja protectora para que todo sea alegría y felicidad. En absoluto. Doy fe de ello. Más aún después de lo que pasaría en esa boda.

Cuando llegué a la mesa que me habían asignado, la trece, solo había una persona sentada. Una mujer mayor que nunca había visto. Parecía muy concentrada en algo. Miraba fijamente su regazo. La saludé y me senté. Me respondió sin elevar la vista. Era una mesa para seis, así que aún quedaban cuatro lugares por llenar. Cuatro dados rodando, cuatro monedas en el aire. ¿Cuál sería el resultado? Imaginarlo me generaba mucha ansiedad. Me dije que lo mejor era pensar en positivo, y fantaseé con la posibilidad de conocer a alguien

interesante, quizás un hombre que me resultara atractivo. Todos sabemos de alguna pareja que se conoció en un casamiento, ¿o no? Pero, claro, era imposible. Estaba en la mesa trece.

Minutos después llegaron las cuatro personas que faltaban, acompañadas por una de las chicas que estaban en la puerta con la lista de invitados. Cuando se acercaron quedé atónita: eran iguales. Todas iguales a la que ya estaba sentada en la mesa. Todas ciegas. Cinco mujeres con la misma cara, la misma ropa, los mismos ojos blanquecinos, perdidos, moviéndose hacia los lugares equivocados y mostrando cada tanto un destello rojo-violáceo desde la pupila. Parecían ojos de gato, o de perro, cuando se los mira en la oscuridad. Pero eso no era lo más extraño de mis compañeras de mesa. Lo más extraño se reveló cuando comenzaron a hablar.

RETINOSIS IRISADA

Descripción

La retinosis irisada es una enfermedad degenerativa de la retina humana. Fue descrita por primera vez en 1903 por el médico suizo August Hess, quien en ese momento la denominó «ojo de nácar». La enfermedad fue descubierta durante la investigación que Hess realizó sobre el caso de los hermanos Rudolph y Marc Müllen, ambos pacientes de la clínica psiquiátrica Ville de Saint-Cristophe, ubicada en la ciudad de Neuchâtel. Los hermanos Müllen presentaban un curioso tipo de ceguera de aparición progresiva, que se caracterizaba por la emisión de una cierta luminosidad a través de la pupila. Al fallecer Marc Müllen, el Dr. Hess realizó un estudio forense de sus globos oculares, detectando que ambas retinas se encontraban endurecidas y habían adquirido un aspecto semejante al del nácar. Un estudio similar se realizó luego de la muerte del otro hermano, constatándose la misma observación.

Causas

Algunos autores han postulado que se trata de una enfermedad hereditaria. Un grupo de investigación de la Universidad de Múnich reportó una

mutación puntual, de carácter recesivo, mapeada en el cromosoma 13, que estaría asociada a la retinosis irisada (Von Brauer *et al.*, 2004). No obstante, dada la extremadamente baja prevalencia de la enfermedad, la correlación hallada tiene escasa significancia estadística. Otros autores postulan que no se trata de una enfermedad hereditaria, sino relacionada con la exposición a cierto tipo de derivados del cobre (Velázquez *et al.*, 1978, Petroccelli *et al.*, 1991).

Sintomatología

Los pacientes que presentan esta enfermedad experimentan un deterioro paulatino de la visión que comienza con la aparición de puntos negros en el campo visual. Los avances de la enfermedad se acompañan de episodios similares a las convulsiones. A medida que progresa, los pacientes pueden presentar problemas a nivel neurológico y se han detectado daños cerebrales, principalmente en las áreas relacionadas con el lenguaje. En varios casos se identificaron lesiones moderadas o severas en el área de Broca. También se han reportado alteraciones temporales de la conducta, con características similares a las de una psicosis o una neurosis.

Tratamiento

Aún no se han descrito tratamientos que reviertan el daño causado por la enfermedad, o que logren detener o prevenir su avance.

Epidemiología

Este tipo de retinosis es de muy baja prevalencia, estimándose que no supera un portador cada diez millones de personas. Los escasos portadores detectados hasta la fecha coincidentemente poseen ascendencia europea.

3

Las cinco mujeres eran calcos, o al menos eso parecía a primera vista. Describir a una es describirlas a todas. Debían tener unos setenta años, tal vez un poco más. Tomando como referencia a mi abuela, ellas parecían más jóvenes. Sin embargo, su estilo era mucho más anticuado.

El aspecto de las cinco Amandas —cuando se presentaron descubrí, llena de asombro, que todas tenían el mismo nombre— era ciertamente extraño. Debo admitir que al verlas volvió el dolor agudo a mi estómago. Quizás fuera incomodidad, quizás un temor infantil ante lo desconocido, lo raro. Estábamos en una fiesta, rodeadas de muchas personas, ¿qué podían hacerme cinco ancianas ciegas, más que aburrirme con sus conversaciones? Eran mujeres muy raras, es cierto, pero no podía pedir que me cambiaran de mesa por eso. Supuse que, en cuanto se animara más la fiesta, podría acercarme a la barra de tragos, por ejemplo, y quedarme por ahí, lejos de ellas. O quizás finalmente encontrara a alguien conocido con quien conversar. También podía ocurrir que quedara un lugar libre en alguna de las mesas donde estaban mis excompañeros de trabajo y me invitaran a unirme a ellos. Esa habría sido una forma elegante de abandonarlas.

Las Amandas tenían la piel en extremo pálida y, aparentemente, no llevaban maquillaje. Su cabello estaba cortado en una melena recta, hasta los hombros, con las puntas formando una elegante curva hacia adentro. Una raya al medio partía las cabelleras gris plata impecablemente peinadas. Sus vestidos (o, más bien, *su vestido*, porque los cinco atuendos eran fotocopias tridimensionales de un mismo diseño) estaban confeccionados en terciopelo gris pizarra, muy oscuro. Eran cerrados hasta el cuello, con unos pequeños botones negros trazando una recta vertical exactamente encima del esternón y acompañándolo en todo su recorrido. Las mangas, largas, se abullonaban un poco en los hombros y desde ahí hasta la muñeca eran ceñidas. Terminaban en un pequeño volado de encaje negro. Las Amandas eran altas, muy altas, y delgadísimas. Las faldas de sus vestidos caían rectas desde la cintura hasta el piso, cubriéndoles los pies (si es que los tenían, porque la forma en que caminaban daba la impresión de que iban flotando o se desplazaban sobre una oculta plataforma con ruedas). Ninguna llevaba bastón, lo cual me sorprendió mucho. Al principio, de hecho, dudé si serían completamente ciegas, pero cuando llegó la comida pude confirmarlo.

La única joya que lucían esas mujeres era un medallón de nácar engarzado en plata, de unos tres o cuatro centímetros de diámetro. Colgaba suspendido de una cadena torneada bastante gruesa, también de plata. Supe después, porque ellas mismas me lo contaron, que cada uno de los medallones

tenía al dorso un número romano en relieve: del uno al cinco. Resulta que las Amandas tenían segundo nombre, y a ellos correspondía el número en sus medallones: Amanda Laprimera, Amanda Lasegunda, Amanda Latercera, Amanda Lacuarta y Amanda Laquinta. Se llamaban entre ellas de esa horrible forma. Me pregunté por qué no llevaban el número de una manera visible, que permitiera identificarlas más fácilmente.

Un detalle no menor de las Amandas era que todas estaban exquisitamente perfumadas. No podría asegurar que cada una tuviera un perfume distinto, pero dos o tres aromas logré percibir cuando recién llegaron. Luego se sentía un único perfume que, debo reconocer, me producía una sensación placentera. Era como si en el aire terminara de elaborarse la receta de un aroma. O como si se formara sobre nuestras cabezas una única mujer completamente etérea a partir de las cinco Amandas corpóreas. Una Amanda singular.

A pesar de su aura fantasmal, debo decir que las Amandas eran mujeres muy bellas para su edad. Seguramente en su juventud habían sido hermosas. Me pregunto si les habrá servido de algo. Una vez leí que lo bello es bello, en parte, por ser único. Una mujer hermosa considerada aisladamente, o en comparación con otras mujeres diferentes, puede causar eso que llaman la «emoción estética», o sea, una impresión positiva en quien observa. Pero ¿cinco?, ¿cinco mujeres hermosas idénticas? Eso provoca una sensación muy distinta.

AMANDA MONTGOMERY

Murcia, 1910. Destacada actriz de la época de oro del cine mexicano. Hija de un músico estadounidense y una bailarina española, comenzó su carrera a los trece años. Se inició en películas musicales donde aparecía junto a sus dos hermanas, Esther y Luisa. A los dieciocho se trasladó a México, donde rápidamente emprendió una exitosa carrera como actriz dramática. Dada su gran belleza y su talento para la actuación, logró roles protagónicos en películas de gran renombre como *Serenata* y *La niña perdida*. Recibió numerosos premios y distinciones, tanto en México como en España. En 1932 se trasladó a EE.UU., contratada por el destacado productor Harry Phillips, para participar de un musical en Broadway durante una temporada. En la ciudad de Nueva York conoció a quien poco después se transformaría en su esposo, el empresario alemán Hans Müllen. Imágenes de la boda, celebrada en la famosísima catedral de Saint Patrick, aparecieron en varias revistas neoyorquinas y mexicanas. Luego de su rutilante actuación en el musical *A Golden Night*, Amanda recibió varios ofrecimientos para participar en producciones de Hollywood, que declinó

dado que pocos meses después de su boda quedó embarazada. El embarazo presentó complicaciones, por lo que debió permanecer hospitalizada durante un tiempo. Las revistas de la época dieron cuenta de ello, a causa de la gran popularidad de la que gozaba la actriz en México, y que comenzaba a extenderse a otros países de habla hispana. Posteriormente, el matrimonio decidió trasladarse a una lujosa residencia en las afueras de Ithaca, donde Amanda guardaría reposo hasta el parto. A partir de ese momento, se desconoce qué pasos siguió la estrella, cuya carrera se encontraba en franco ascenso. Se cree que optó por abandonar la actuación para poder dedicarse de lleno a la vida familiar.

Eran pasadas las diez de la noche cuando los novios llegaron al salón. Entre humo perfumado y una canción romántica muy cliché, aparecieron Diana y su flamante esposo saludando a los invitados. Me levanté de mi silla para sumarme a los aplausos del público. Alguien vitoreaba a la pareja con un ronco «¡Vivan los novios!» que sonaba a romance iniciado desde hacía ya buen rato con el champán o el *whisky*. Diana y su marido caminaron tomados de la mano hasta el centro de la pista y, una vez allí, ante la mirada de todos, se besaron. En ese momento, estalló en el aire otra melodía romántica infaltable en las bodas y los novios se estrecharon en un abrazo que se prolongó el mismo tiempo que les llevó a los invitados dejar de batir sus palmas. Parecía que habíamos iniciado una escalada veloz hacia la cima de la cursilería. No pude evitar reír. Y no, no era envidia. Es que el circo nupcial no fue hecho para mí.

De repente, empezaron a sonar las notas del *Danubio azul* de Strauss. Había llegado la hora del vals. Daba inicio ese desfile interminable de personas que bailan un instante con alguno de los novios, hasta que son interrumpidos por el fotógrafo y sus secuaces: el implacable iluminador con su foco amenazante y el muchacho de la filmación.

Entonces, los bailarines posan, sonrían y se separan. Cambio de pareja.

Al terminar el *Danubio azul*, comenzó el *Vals del emperador*. Se repetía nuevamente la secuencia: beso-baile-foto-despedida. Una y otra y otra vez, a medida que seguían sonando piezas del repertorio del célebre austríaco. ¿Qué pensaría quien fuera conocido como el Rey del Vals si supiera que sus obras terminarían teniendo este destino, tan lejano a la corte imperial de los Habsburgo? Al tercer o cuarto cambio de pareja, regresé a la mesa. A mis espaldas, en la pista, el *show* del vals continuaría unos cuantos minutos más. Las Amandas habían permanecido en sus lugares. Una de ellas me preguntó si había bailado con los novios. Le respondí que no, que no iba a bailar, que no quería hacer el ridículo. Otra de mis acompañantes preguntó si eso me preocupaba mucho. «¿Qué cosa?», le respondí. «Eso de hacer el ridículo», contestó. Le dije que bueno, que un poco sí, que a quién no le preocupa hacer el ridículo. Reí nerviosa, porque no terminaba de entender el tono de la pregunta. Entonces otra de ellas intervino: «Se lo dice usted a cinco viejas ciegas. El ridículo para nosotras es, a la fuerza, un concepto ya casi olvidado». Sentí vergüenza, pero luego la mujer rio, y las demás se sumaron a su elegante risa. Reí yo también, esta vez, aliviada.

«¿Y qué es para usted hacer el ridículo, señorita?», inquirió la misma que antes había preguntado si eso me preocupaba mucho, que estaba sentada

a mi derecha. De inmediato vino a mí la imagen de aquella torta de cumpleaños y el globo con forma de corazón que deseaba «*Happy birthday*» en letras plateadas. Esos que una vez compré para Alejandro. Recordé mi sonrisa estúpida mientras avanzaba por la calle hacia su edificio y todas las cosas que imaginé en el transcurso de mi caminata. También me acordé de cuando, al bajar a abrirme, Alejandro dijo: «¡Muchas gracias, Gabi! ¡Qué linda sorpresa!». Y agregó: «Justo hace un ratito llegó Carla, ¿quieres subir y nos tomamos un café? Así de paso la conocés. ¡Te hablé tanto de ella!». Carla era su exnovia, la que lo había dejado. A la que no había podido superar en meses. Le dije que me encantaría quedarme, pero andaba apurada. Le dejé la torta, el globo y un beso para Carla. Y hui lo más rápido que pude para llorar en algún lugar, mientras ellos merendaban la torta que debía llevarme a la cama de Alejandro. Por supuesto, no les conté esa anécdota tan patética a mis compañeras de mesa.

Cuando logré volver de mi viaje de autoflagelación, contesté que para mí el ridículo era hacer algo fuera de lugar, algo que no encaja, y que también podía ser, por ejemplo, vestir prendas que no combinan o que le dan una apariencia graciosa o excéntrica a quien las lleva puestas. La Amanda de mi izquierda dijo: «¡Eso de la combinación de ropas! ¡Ja! ¿Sabe? Cuando comenzamos a perder la visión —porque no es que hayamos nacido así, no—, el médico nos advirtió que en algún momento podíamos llegar a la ceguera, lo cual, como notaré,

efectivamente ocurrió. Fue un trago muy amargo para nosotras —no se lo deseo a nadie—, pero Latorcera, que siempre encuentra el lado amable de las desgracias, nos hizo notar que era una suerte ir perdiendo la vista de a poco y no de un día para el otro, como les ocurre a otras personas. Eso nos daba la chance de ir preparándonos para una eventual ceguera. Así fue que empezamos a pensar entre las cinco qué cosas era importante resolver de nuestra vida cotidiana. Lacuarta, que siempre fue muy coqueta, planteó justamente lo de la combinación de ropas. ¿Cómo podríamos saber de qué color era una blusa, una pollera? ¿Cómo evitar mezclas que nos harían lucir mal? Y más allá de eso, ¿cómo podríamos encontrar una prenda en particular? Entonces imaginamos una forma de resolverlo. Nuestra casa afortunadamente es muy amplia, ¿sabe?, y cada una tiene su propia habitación, todas con ventana. Compramos un segundo ropero para cada cuarto. En el ropero viejo iría la ropa de otoño e invierno, y en el nuevo, la de primavera y verano. El grosor de las prendas crecería de izquierda a derecha en cada uno de los roperos. Decidimos, además, que debíamos limitar los colores de nuestras prendas para evitar combinaciones indeseables. Seleccionamos el blanco y el negro para las blusas, y para las faldas, el negro, el gris, el verde oscuro y el azul marino. Los abrigos, los zapatos y las carteras serían en adelante solo negros. Descartamos todo lo que no cumpliera con esas reglas. En el caso de los vestidos, sin embargo, podíamos conservar todos los

que teníamos, ya que son una prenda que se usa sola o a lo sumo con un abrigo, y como todos los abrigos serían negros, no habría problemas. Para distinguir algunas prendas que eran especiales, les pusimos prendedores de diferentes formas. Un detalle muy importante es que cada una tiene asignado un día de la semana para lavar y secar su ropa. Eso es para evitar confusiones. Usted podrá creer, como cree todo el mundo, que somos exactamente iguales, pero mucha de nuestra ropa está hecha a medida y hay algunas diferencias de proporciones entre nosotras. Por ejemplo, Laprimera tiene tres centímetros de busto más que yo, y Lasegunda tiene dos centímetros de cadera menos que Lacuarta. ¿Entiende? Sería un problema tener que salir a buscar quién se quedó con una prenda equivocada».

Durante todo su discurso, la escuché con mucha atención. Nunca había pensado en eso, es decir, en cómo sería mi vida si no pudiera ver, cómo continuaría con mis rutinas, cómo lograría seguir siendo lo más parecida posible a mí. Se me ocurrió preguntarles cómo evitaban ponerse una prenda al revés, y otra de las mujeres, la que estaba frente a mí, a la izquierda, respondió que el tacto era un gran aliado. Que antes de ponerse una prenda la tocaban con cuidado, para colocarla correctamente y detectar posibles roturas. Vestirse era un proceso que les llevaba su tiempo. «Las prisas para nosotras quedaron atrás hace mucho, y no solo para eso», comentó una. «Las prisas son peligrosas —agregó—, aunque eso es algo que todo

el mundo debería saber, no solo quienes perdemos la vista».

Mi curiosidad me llevó a seguir indagando y les pregunté cómo hacían para vestirse iguales, como esa noche. La que estaba exactamente frente a mí dijo: «¿Es que usted no ha oído hablar de la telepatía entre hermanos gestados en el mismo vientre? Ahora mismo sé que Amanda Lasegunda necesita visitar el *toilette* y Amanda Laprimera está pensado en unas peras en almíbar». Rio fuerte y agregó: «Es broma, señorita, no existe tal cosa. ¡Ojalá existiera! Aunque no lo crea, la coincidencia de atuendos no es en absoluto premeditada, a veces se da. ¿O nunca le ha ocurrido eso de llegar a un lugar y encontrar a una desconocida vestida igual que usted? Nosotras solo sabemos que vestimos igual si alguien nos avisa».

Se me ocurrió preguntarles si no tenían a alguien que las ayudara, no solo por el asunto de la vestimenta. Entonces se hizo un silencio gélido y me pareció ver el rictus de las cinco endurecerse. Una de ellas bajó la cabeza. La que parecía dirigir siempre las conversaciones dijo: «Hubo alguien sí, pero ya no. Podemos arreglarnos perfectamente solas. No necesitamos ninguna ayuda, señorita». Les pedí disculpas por si las había ofendido. Sentí que se había tensado la conversación. Deseé que apareciera algún mozo, alguien a saludar, que algo llevara la atención a otra cosa. Fue un momento incómodo, no solo por la respuesta cortante. No sabría explicarlo, pero lo percibí en el cuerpo.

FAUSTO

Una mañana de agosto, cuando Diana era niña, su madre le anunció que pasarían las vacaciones de primavera en Salto, en la quinta donde vivían unas tías de su padre. Mientras revolvía la cocoa para su hija, que la escuchaba entre bostezos, ya ataviada con el uniforme del colegio católico, Beatriz le contó que la quinta era realmente hermosa, llena de pájaros y flores, y que las tías eran muy buenas preparando dulces de todo tipo. La verdad era que Beatriz nunca había visto a las tías de las que hablaba, y solo inventaba todo eso para convencer a Diana de que el plan era mucho mejor que visitar a sus primos en Buenos Aires. A ella misma no le atraía mucho la idea, pero no quiso contradecir a Ricardo, su marido. La visita era una excusa para ver el estado de la quinta, una valiosa y muy antigua propiedad que pertenecía a su familia. Allí se habían afincado sus abuelos cuando llegaron a América en los años de la Primera Guerra Mundial. Allí habían nacido sus tres hijos, y allí habían recibido y criado a sus cinco sobrinas luego de que el padre de las niñas se suicidara en la casa en la que vivía junto a ellas y dos institutrices, en una ciudad al este de los Estados Unidos.

Las tías a quienes Diana conocería esa primavera vivían solas en la quinta y habían empezado a tener ciertos «problemas de salud» (Ricardo no especificó a su esposa cuáles eran), por lo que a la familia le preocupaba que la casa corriera riesgos.

El día del viaje al campo, Diana estaba muy entusiasmada. Las historias de su madre habían logrado encender una chispa en ella. El problema fue que esa chispa pronto se apagó: tras el larguísimo viaje en auto, al llegar al lugar, nada de lo que había imaginado estaba esperándola. Diana quiso volver, lloró, gritó, pataleó. Se enojó mucho con su madre, la acusó de mala y mentirosa. Lo único que logró sacarla de su berrinche fue la aparición de Fausto.

Fausto era un gato gris de pelaje brillante y sedoso. Tenía unos ojos verdes claros que de tan luminosos parecían dos pequeños focos. Se acercó sigiloso a Diana mientras ella lloraba tendida boca abajo en el piso del zaguán. Cuando Diana sintió el suave pelaje de la cola de Fausto acariciándole un brazo, abrió los ojos y súbitamente cesó el llanto.

Al final de esos días de vacaciones, Diana volvió a llorar, gritar y patalear, pero esta vez porque no quería despedirse de Fausto. Finalmente, su madre le anunció que las tías habían resuelto prestárselo para que lo llevara a Montevideo, pero con la condición de que lo cuidara mucho, se portara bien en la escuela, no volviera a echarle la lengua a la hermana Margarita y comiera toda la cena (incluida la sopa de verduras y tirabuzones). Los ojos de Diana se iluminaron y prometió cumplir

con todo eso. Así fue como Fausto llegó a la casa del Prado, y Diana consideró por siempre a esas tías raras, que eran todas iguales y se llamaban Amanda, las mejores tías del mundo.

Diana y su familia siguieron visitando a las Amandas durante algunos años, hasta que de repente cesaron para siempre aquellos viajes. Cada vez que Diana mencionaba el tema a sus padres, ellos le daban diferentes excusas para la suspensión de las estadias en la quinta de Salto. Y la verdad, considerando lo que pasó unos años después, ese *impasse* en el vínculo con las tías —que solo fue interrumpido cuando Diana decidió rescatarlas del olvido familiar e invitarlas a su boda— terminó siendo muy conveniente para ella: un tiempo sin comunicación, sin contacto que la obligara a explicarles lo que había ocurrido con Fausto. Creía que sus tías jamás la perdonarían. Le habían encomendado a su querido Fausto para que lo cuidara y ella les había fallado.

Fue una noche de octubre, quizás durante la madrugada, no se sabe. En ese entonces Diana tenía dieciocho años. Llegaba tarde de la facultad y estaba sola en su casa porque sus padres se habían ido de viaje (era la época en que aún podían compartir tiempo sin discutir y hasta hacían escapadas románticas). Tenía un novio, Bruno, que era un poco mayor que ella. A sus padres no les gustaba y le habían prohibido que lo llevara a la casa durante su ausencia. Esa noche, al llegar de la facultad, Diana llamó a Bruno y él fue a visitarla. Se quedó a dormir con ella.

A la mañana siguiente, Diana buscó a Fausto, pero no lo encontró por ningún lugar de la casa. Se dio cuenta de que la ventana de la cocina estaba abierta. Había olvidado cerrarla y permaneció así toda la noche. Dos días después, Diana estará sentada en el sillón de su vecina Aída, temblando y llorando a intervalos. Allí mismo, en la casa de Aída, pasará esa noche y todas las siguientes hasta que sus padres regresen. ¿Por qué? Porque esa mañana, dos días después de la desaparición, al salir a la calle, Diana encontrará en la vereda a Fausto, sin ojos y con el vientre cortado a lo largo, las tripas colgando hacia afuera y moscas rondándolo. Al verlo, no podrá contener el vómito, que caerá como una densa cascada amarillenta sobre el pasto. Luego dará un grito, un alarido, y se largará a llorar. Aída la escuchará desde su casa y saldrá a ver qué ocurre. Encontrará a Diana en la vereda, arrodillada sobre las baldosas, llorando desconsolada. Le preguntará varias veces qué le pasa, pero Diana no contestará. Entonces Aída echará una mirada alrededor y descubrirá a Fausto abierto al medio, como si se tratara de una fruta podrida cuya piel se raja y deja salir la pulpa.

¿Quién fue capaz de tal crueldad y por qué? Eso nunca se pudo saber. Teorías hubo varias, muchas de las cuales involucraban a una mujer que vivía sola, casi al final de la calle, a dos cuadras de la casa de Diana. Según algunos vecinos, era umbandista y hacía «trabajos» para gente de mucho dinero. Para otros era simplemente una vieja loca.

No era la primera vez que se veía algo así en el barrio, pero nada concreto vinculaba a la mujer con esos hechos. Todas las sospechas partían de su aspecto («es rara», «da miedo la forma en que mira», «con esas ropas y ese pelo parece una bruja», «estoy seguro de que es una travesti, es muy fea para ser mujer»). También del aspecto de su casa. De pasto descuidado, paredes ennegrecidas y ventanas con postigos de madera permanentemente cerrados, la casa era objeto de muchas conjeturas. Era cierto que la frecuentaban personas que llegaban en autos caros, pero nunca se vio ni se escuchó lo que hacían en el interior. ¿Y si la mujer era inocente y había alguien entre los vecinos, entre sus hijos, alguien de apariencia «normal» que era capaz de aquellas atrocidades? Esas preguntas siempre es mejor no hacerlas, y nadie se las hizo. Siempre es más fácil, más tranquilizador darle un rostro desagradable o una casa desagradable (y si son ambos, mejor) a las acciones desagradables que nos rodean. Que siempre podamos señalar a alguien y que no sea uno de nosotros. Cuanto menos parecido a nosotros, mejor. Que nunca se borre la línea divisoria entre las personas de bien y el resto (aunque nunca hayamos sido capaces de saber con precisión por dónde pasa y cuán sinuoso es su trazado).